

AUTORIDAD Y VOCACION<sup>+</sup>

Dra. Sonia Gojman de Millán.

El niño que Freud describe a través del psicoanálisis,<sup>1</sup> no es, de ninguna manera, tranquilo, tierno e inocente. Se trata, muy por el contrario, de un ser demandante, exigente y egocéntrico que no refleja una imagen complaciente y que sólo acepta la socialización por la fuerza, pues no tiene otra alternativa y se ve orillado a ajustarse a la realidad. Querría, si le fuera posible, desconocer esta realidad, olvidar que existe, ignorar -- que le es adversa. Quisiera llevar a cabo, sus tan originales como egocéntricos impulsos, su afán de hacerse dueño de la situación, de realizar uno a uno sus caprichos, de desbancar al adulto, y a todo lo que le significa -- cualquier límite. Quisiera derrotar a lo que se le opone y salir victorioso en esa lucha a muerte en la que termina por desbordar el proceso educativo. El desarrollo de todo ser humano pide, desde la perspectiva del psicoanálisis tradicional, la renuncia a la infancia, a los propios impulsos, a lo que es original y auténtico; exige ceder para alcanzar la "madurez", para ser "adulto", "so

---

+ Trabajo presentado en la Escuela Nacional de Música como parte del ciclo "Psicoanálisis y Arte", Junio-Julio 1984.



cializado" y "normal". Y sin embargo cabe señalar que - aunque es cierto que Freud, el creador del psicoanálisis, justifica generalmente a los padres de los niños en su papel de educadores -interpretando como fantasías lo que los niños denuncian haber visto de pernicioso en las - - autoridades (lo que, dicho sea de paso, se refiere muy - comúnmente a los abusos a los que se ven expuestos)- tam- poco los adultos vistos más allá de sus fachadas más apa- rentes y civilizadas, son seres que puedan al fin y al - cabo resultar del todo amables, bondadosos, bien inten- cionados y puros.<sup>2</sup> Vistos sin hipocresía, todos viven, según Freud, reviviendo a cada instante los conflictos - no resueltos de la infancia; repiten una y otra vez, has- ta el agotamiento, los mismos choques, las risas luchas; las producen, crean y recrean en sus sueños,<sup>3</sup> en sus sín- tomas, en sus lapsus, en sus fantasías, en sus concepcio- nes religiosas, en todo cuanto realizan; incluyendo has- ta sus más altas manifestaciones culturales. Detrás de - cualquier acto humano se esconde la misma disputa; lo ha- cen así porque -dentro de ese esquema teórico de Freud- no se vislumbra, a fin de cuentas, ninguna salida. En la caverna del inconsciente se ocultan siempre intenciones macabras; vivir y sobrevivir equivale a atropellar a - - otros, a pasar por encima de los demás, a destruirlos co- mo la alternativa a la autodestrucción. Es cierto, la -- concepción de Freud acerca del hombre original, el verda- dero, no permite de ninguna manera la ingenuidad, ni con



cepciones halagüeñas o ideales sobre ningún ser humano, ningún hombre o mujer concretos. Los instintos, las tendencias a la rebelión, a la violencia y a la conquista, la no aceptación serena de lo que exige la vida en sociedad, se hacen insoslayables; la naturaleza humana originaria es sistemáticamente desenmascarada en base a la -- ambición y los deseos de venganza que se ocultan tras -- bombalinas. Las observaciones de psicoanalistas posteriores a Freud,<sup>4</sup> quienes agregan y enriquecen sus planteamientos llevándolos hasta sus últimas consecuencias, -- aunque éste no siempre aceptara sus aportaciones e incluso las rechazara a veces tachándolas de retrocesos -- muy graves en la comprensión psicoanalítica-- marcando algunos un elemento, otros otro y conformando entre todos una visión mucho más completa y sólida acerca del inconsciente, hacen ver muy claramente que la irracionalidad y falta de conciencia abarcan en la vida anímica del hombre un terreno mucho más amplio que el que domina su conciencia, su razón y sus apariencias y justificaciones más civilizadas. Se apuntan así poco a poco en la historia de la joven ciencia fragmentos de lo que Fromm integró de alguna manera en su visión del psicoanálisis humanista<sup>5</sup> y que lleva a la conclusión de que una gran parte de la irracionalidad que acompaña al ser humano, no proviene exclusivamente de su interior, de la vida intuitiva, sino que es por el contrario impulsada, reforzada y no rara vez impuesta desde afuera. Los sistemas sociales en



los que los individuos se reservan, como se desprende de sus investigaciones, suelen, muy frecuentemente, impedir el despliegue de algunas de las mejores cualidades, las más racionales o solidarias, con las que el ser humano cuenta en forma natural u originaria.

Mucho de lo que resulta imprescindible para sobrevivir como individuo en un sistema social particular, no es de ningún modo razonable. Exigir eficiencia de manera exclusiva o prioritaria en la selección de un candidato a ocupar un puesto o requerir solvencia a quien se va a otorgar un crédito, son sólo dos ejemplos en los que una sociedad persigue valores de "productividad" anulando o proscribiendo otros que pudieran en verdad que ser más razonables. Ocurre así y no tan eventualmente, como se desprende de este planteamiento humanista, que los seres más desvalidos, los niños, los desadaptados, los que resultan atípicos o enfermos, estén marginados y no se hayan adentrado totalmente en la estructura de poder del sistema social en el que surgen. Ellos conocen en carne propia los resultados de sus vicios y son quienes cuentan con posibilidades para vislumbrar los puntos de conflicto y las formas para hacer surgir soluciones distintas y efectivamente más razonables que las que suelen adoptarse dentro y como parte de lo establecido, de lo convencional o "normal".

El proceso educativo visto así tiene efectivamente en juego una gran cantidad de mecanismos. tanto los que



tienden a estabilizar al sistema social con sus soluciones y costumbres propias como los que pueden movilizarlo y agilizar en un momento dado los cambios necesarios que se oponen a la estaticidad y el anquilozamiento. Se desencadenan sin duda procesos complejos en los que en el encuentro niño-adulto, no es ya uno solo de los participantes (ni el que ejerce la autoridad, ni el que se tiene que someter a ella) el que se puede ver de antemano -- como el atinado, el justo y razonable, el que trasmite, da y atiende y otro el que recibe, aprende y se "instruye".

En el pasado era más sencillo hablar de educación y dar consejos antes de reconocer lo que tantas veces se escondía bajo la vulnerabilidad de los niños y las arbitrariedades justificadas de los adultos. Era bastante -- simple pensarlos (a los niños) como seres ávidos de conocimientos a quienes los adultos podíamos y debíamos "educar" dominando sus impulsos, "adiestrándolos en el arte de vivir" hasta lograr "personas" que habiendo aprendido buena parte de la "sabiduría" de la sociedad, se adaptarían a las soluciones que éste le ofrecía.

En la inconciencia, los padres, maestros y demás -- autoridades tenían su papel, su función específica que cumplir; una tarea muy bien definida, que realizada, los satisfacía plenamente. Sin embargo, no es posible concebir al que ejerce la autoridad como el poseedor de la razón. Es éste mismo, desde su posición, quien puede, debe



y tiene que ponerlo en duda si pretende de alguna manera ser razonable. No es posible engañarse a sí mismo y engañar a los demás imponiendo su voluntad y simulando ser - lo mejor.

Con la intención de aclarar esta relación entre el niño y el adulto, revisemos la definición de la palabra autoridad. En la Enciclopedia de la lengua<sup>6</sup> se la refiere como "el poder legítimo: la autoridad paterna, la persona revestida de poder, mando o magistratura". En la definición de esta palabra "autoridad", podemos en efecto reconocer algo de lo que es para el psicoanálisis el mello del asunto; la contradicción en la que tantas veces nos vemos inmersos; la forma en que los hechos se tornan ambiguos. Entre una y otra parte de la definición está - implícito el problema de fondo. Es muy fácil ocultar la verdad detrás de nuestras concepciones. Solemos muy frecuentemente confundir lo que es "deseable" con lo que es "real". Lo que concebimos y por tanto creemos es ya una interpretación de los hechos, interpretación no siempre consciente de las motivaciones o intereses implícitos -- que suelen servir al fin y al cabo como justificaciones. Si autoridad se refiere, como aparece al final de la definición que citamos, al poder y el mando, si se trata - como, en efecto ocurre muy frecuentemente- de algo que no es necesariamente legítimo, el significado que adquiere el concepto "autoridad" se convierte de inmediato en algo distinto a lo que sería si se la define en base a -



lo que lo es. Se implica así, a un abuso, una arbitrariedad, algo que debería llamarse, en última instancia, - - imposición o autoritarismo. De hecho se trata del ejercicio de la fuerza y del poder por más que se pretenda desconocer o justificar el atropello. Fromm, en su concepción crítica de la teoría freudiana original, llamo muy - especialmente la atención acerca de la importancia que tiene el reconocer alguna de esas diferencias;<sup>7</sup> de saber cuándo se trata de algo racional y legítimo y cuándo se quiere hacerlo parecer y no lo es aunque se intente justificarlo de muchas y muy sutiles maneras. Auscultar el "autoritarismo" o lo que es el ejercicio irracional de la autoridad, reconocerlo por lo que es y captar lo que está más allá de las apariencias que generalmente se cubren muy "socialmente", es ir deslindando y contraponiendo expresamente dos formas muy distintas de actuar en la realidad; dos maneras de tratar, a quien por su situación de debilidad, se ve en la necesidad de vivir sujeto a la voluntad de otro. No sólo el hombre se engaña a sí mismo acerca de la realidad; la sociedad también lo hace y - - adorna muy hábilmente con el consenso y ayuda de la ideología.

Hablar de educación, reconociendo estas diferencias implica necesariamente sobreponerse a lo convenido y estático para tomar en cuenta por igual, en una concepción dinámica, a las dos partes involucradas en el proceso -- educativo y cuestionarlas a ambas en la misma medida, -



hasta entender y reconocer sus circunstancias bien específicas. Es reconocer que no se las puede ver fuera de su contexto, como algo preestablecido, fijo, sobreentendido y absoluto. Desde el momento en que se asume este planteamiento radical, cuando se reconoce que existe una gran diferencia entre lo que es racional y lo que no lo es, aunque a veces no lo parezca, o cuando sea más cómo darlo por tal, y se esté dispuesto a aceptar plenamente la responsabilidad de educar, de guiar legítimamente, de ver por el bienestar del educando, es sólo en ese momento cuando se echa a andar un proceso diferente muy -- distinto al tradicional.

Hay, en efecto, en este proceso la aceptación tácita<sup>8</sup> de que la experiencia y la capacidad del que ejerce la autoridad, lo facultarán para poder ver y tomar en -- cuenta elementos importantes, que para quien es protegido no son tan evidentes porque son aspectos que no tiene la posibilidad de manejar de manera adecuada en ese período. El ejercicio de la autoridad es así teóricamente planteable como racional o legítimo mientras esté, como lo señala Fromm, ofreciendo la orientación, los conocimientos y la experiencia de la que los otros carecen. Se mantendrá y justificará en los hechos sólo mientras esa tutoría o asesoría resulte indispensable y en la medida en que se reconozca la posibilidad de estar a su vez expuesta a errores, es decir, que será más racional mientras más se mantenga abierta a la crítica, mientras sea

Gojman de Millán, S., 1985a: Autoridad y vocación.

In: Instituto Mexicano de Psicoanálisis A. C. (Ed.): Anuario 1985, México 1985, pp. 166-192.





capaz de aprender de ésta, de ser flexible, y como quien dice, apta para hacer efectivamente un buen uso, dinámico y no estático de sus conocimientos. Por tanto, la sabiduría real con que se maneje el principio de autoridad, es lo que lo hará legítimo. Esto implica que en la medida en que se van logrando los fines de transmitir una mayor experiencia o conocimientos a los demás tiene que ir dejando cada vez más, de ser necesaria como tal, hasta llegar al punto previsto por el psicoanálisis humanista en que debe desaparecer por completo, pues se espera que el protegido, el educando habrá, en ese transcurso, alcanzado ya su aprendizaje y llegado a ser lo suficientemente apto como para poder, en un momento dado, funcionar de manera independiente. Con este modelo teórico, ideal, es con el que se puede comparar a la autoridad para poder establecer el grado en que es posible que se ejerza adecuadamente. Si por el contrario, se toma al adulto, por el hecho de ser tal, o al que ocupa una posición de autoridad, por el hecho de ser poderoso, como "ejemplares" sin reconocer en verdad que son seres humanos y que como tales pueden errar y se sigue la tendencia menos conflictiva pero errática de idealizarlos sin ver que pudieran no haber alcanzado a desarrollar, incluso, sus propias capacidades, ni resuelto sus necesidades emocionales más primarias.<sup>9</sup> Se satisface así la propia necesidad de halagarlos para recibir protección y calmar el temor que produce la soledad de ser individuo, sujeto,



persona. Se olvida, así mismo, el hecho de que como tales, las autoridades también pueden haber fracasado, vivir resentidas, sufrir muy realmente sus propias fragilidades; que pueden (y no tan raramente) estar en busca de compensaciones desesperadas, en consecuencia, si no se las cuestiona como a los niños y se parte de ideas preconcebidas (en uno u otro sentido), se cae en un grave error, el mismo que el psicoanálisis no puede dejar de denunciar. Es el error que impide muchas veces a las autoridades adultas abrir los ojos a lo nuevo, aprender de los hijos, de los alumnos, de los aprendices, de sus miradas frescas, de sus posibilidades para captar precisamente aquello que las experiencias previas del que "conoce" o "sabe", mucho más que ayudar, lo ciegan. Es necesario enfatizar una vez más y aunque parezca redundancia, que, el adulto no es en sí por ser un adulto un ser maduro y que casi nunca alcanza un buen nivel de realización personal puesto que vive en una sociedad, que, como veremos más adelante, muy rara vez lo impulsa a serlo y más bien le exige entrar en los juegos del poder que tanto lo mutilan. Se convierte así, mucho más frecuentemente de lo que la mayoría estamos dispuestos a reconocer --- pues así también conservamos la cómoda ilusión de estar bien encaminados- en un ser enfermizo, amargo, alguien que exige de sus hijos y/o aprendices o subordinados un sometimiento y una obediencia que sin disfraces resultaría lacerante y ofensivo. Sometimiento y obediencia que



él mismo tuvo que soportar en sus tiempos, de manera pasiva y perfectamente disimulada. Es común, muy común, -- que las órdenes, las maneras de regir de los adultos, -- tiendan más que a satisfacer las necesidades reales de los niños, a buscar, como lo que Freud describe tan bien en el caso de los niños, sus propios impulsos. Además -- dan salida así a las compensaciones de sus propias heridas, de sus resentimientos, sus dolores y celos reprimidos. Deberán atenerse, sin duda, a la envidia que despierte en ellos lo que los niños y jóvenes, los que se -- inician en el vivir, aún pueden lograr. Es la envidia de quienes se encuentran en el ocaso de la vida sin haberla vivido, habiendo tenido que sacrificarse y quedarse con el puro desperdicio. Es el resentimiento lo que se oculta detrás de quienes realizan un chantaje afectivo en el que convencen al hijo (o al alumno) de que sin su ayuda, sin su apoyo, se hundirá para siempre en el abismo. -- Agria venganza la de aquél que necesita compensar sus -- propias humillaciones, doblegando y sacrificando a otros, nulificando deseos de independencia, fermentos de libertad, en vez de unirse a ellos, y reconocer con humildad lo difícil e importante que es la propia búsqueda, el -- mantenerse abierto y flexible a lo que la vida va ofreciendo a cada momento, aun cuando aceptar esto implique, en efecto, el saberse solo, frágil y expuesto, pero con la fuerza y el hondo consuelo que produce la integridad.



Lo mismo ocurre con un padre que apremia a su hijo para que se dedique a lo que él hace, porque es más fácil para él y para el grupo familiar, porque es práctico, cómodo, o porque sueña con continuar en el hijo su derrotero, su vida y su imagen. Situación semejante se presenta cuando una madre después de otorgar protección al hijo como desvalido cuando pequeño o enfermo, cree -- por ello tener derecho de aniquilar su autonomía, de comprometerlo a vivir en función de ella, auspiciando sentimientos de culpa, culpa por los sacrificios que "desinteresadamente" ella brindó y el supuesto agradecimiento -- que se le debe; llenos de ese "agradecimiento", (que es más bien dejarse llevar por lo que también internamente resulta más fácil, es decir, por el compromiso a perder la propia libertad) los jóvenes no llegan a concebirse a fin de cuentas a sí mismos como seres valiosos; como individuos que provocaron una respuesta y dieron a su vez a sus padres y maestros la oportunidad de darse, de enseñarles algo de lo que podían enseñar y desconocen realmente lo mucho que los adultos mismos como autoridades se enriquecieron con vivirlo. Es así que esa versión tan común como mutilada acerca de lo que es ser niño y después un buen hijo, olvida generalmente lo más importante, es decir, que se trata, tanto en los niños como en los adultos, de seres humanos que mientras estén sanos y vivos estarán en crecimiento, tenderán a buscar su desarrollo, a ser capaces de generar sus propias, únicas y muy



personales respuestas, a desplegar plenamente ese impulso vital sin sujetarse más que a sus propias limitaciones. Aprende en cambio, el joven o el niño comúnmente -- más que a crecer sanamente, a renunciar a ello en función de su debilidad, convirtiéndose con esa claudicación, cada vez más, en un ser dependiente, atento a lo que se espera y pide de él, no porque sea en verdad altruista, ni porque tenga en efecto el deseo de participar en forma conjunta con otros, sino como quien es débil y tiene que dejarse devorar y debe aceptar toda clase de componendas. A su vez, debe encontrar, cuando sea mayor-fuerte, la forma de "compensarlo", es decir, de someter a alguien más para aplacar su sed de dominio, su necesidad de sentirse superior a los que lo obedezcan y sirvan, a los indefensos, a quienes hará seguramente a su vez experimentar como culpables "agradecidos" aumentando así en cadena la dependencia psicoafectiva (sado masoquista) que no puede más que producir destructividad, ira reprimida, necesidad de venganza, insatisfacción profunda y la urgencia por evitar que cualquiera se escape de ese sistema e impedir que logre el gozo de su realización vital.

La autoridad se ha ejercido efectivamente desde la antigüedad sobre los débiles; se cuenta entre ellos además de los niños a quienes fueron esclavos o sirvientes, a las mujeres, a los grupos marginados, a los trabajadores, a los subordinados, personas todas ellas colocadas



dentro de los sistemas sociales en situación de desvalidez. La autoridad tiene supuestamente que protegerlos en tanto es la fuerte, la "benefactora", la concedora, la que debe aplicarse a buscar el provecho del minusválido atendiendo "eficientemente" a propiciar su bienestar. No podemos ante lo ya dicho dejar de apuntar que esto choca de alguna manera con el hecho innegable de que cada - - hombre y cada mujer, por el sólo hecho de serlo, tienen la necesidad de contar cada uno con su propia plataforma para buscar, para intentar realizarse, para acertar y para errar y que las diferencias que surgen dentro de la vida social en donde se desempeñan, los colocan en condiciones en las que la igualdad en poder real no se podrán nunca alcanzar. Es necesario enfatizar ahora que no es sino hasta cuando estos grupos de personas adquieren su independencia, su propia forma de expresión, su libertad más real, cuando sus intereses pueden efectivamente ser afirmados, defendidos, realizados, y no es sino hasta entonces que sus metas y sus puntos de vista pueden empezar a dar los frutos que como tales pueden aportar; incluso sólo en ese momento es cuando se pueden confirmar o refutar como auténticos para ellos mismos los derroteros que las autoridades pudieron en un tiempo concebir - como los más o los menos adecuados y llevaderos. En efecto, sólo en un plan de igualdad y sólo así alcanzando y reconociendo la posibilidad del diálogo entre seres independientes que puedan adoptar por sí mismos lo que les -



resulte mejor, lo que crean que los acercará más o mejor a sus propias búsquedas- se puede avanzar y beneficiarse en el ejercicio de lo que implica la humanidad, en el - tan difícil como misterioso camino que es la vida considerada como lo que no se produce ni reproduce en serie sino, por el contrario, es característicamente irrepetible, única, la que no puede más que conducir a cada - - - quien a ser él mismo, ese uno mismo que nadie más que -- uno puede captar dentro de sí y puede realizar, en base a la libertad como vocación propia y personal.

La palabra vocación<sup>11</sup> como es entendida habitualmente, se refiere a una "aptitud, inclinación, habilidad, o afición, a la capacidad o fuerza para desempeñarse a uno mismo en relación a un oficio o cargo". Y sin embargo vale la pena señalar también algunos de sus orígenes. La palabra vocación proviene del latín de "vocativo -onis" que significa la acción de llamar y se refería inicialmente a la inspiración con que Dios llamaba al hombre a algún estado, generalmente al de la religión. Derivada del verbo vocare - llamar, llamamiento o acto de llamar, llegó a significar entre los autores latinos "una invitación a una cena o convite" y se la adoptó en su uso judicial como significando "citación", es decir, la solicitud de la presencia de alguien en un juicio porque es necesaria y puede aportar algo aún cuando no sea específicamente el interesado (y a diferencia de la "notificación"<sup>12</sup> que exige la obligación inexcusable de estar - -



ahí). Teológicamente de acuerdo con el Nuevo Testamento, se lo interpretó como un llamamiento de Dios a cada - - hombre en particular para que durante su vida terrenal - abrazara la "verdad", alcanzara así su "suprema felicidad". Pensamos que es interesante tomar en cuenta que a la palabra en sus muy distintas acepciones se la adopta como una solicitud más o menos libre de asistencia, - un llamado a participar para compartir y al tiempo aportar, tomar parte dando. Aún en sus interpretaciones más conservadoras, como podrían ser la religiosa o la judicial, la palabra vocación implica en buena medida la libertad, libertad en virtud de la cual el hombre se determina a sí mismo y puede ejercer por propia iniciativa su responsabilidad. Este hecho que implica por supuesto la individualidad, tiene una significación psicológico-ontológica muy trascendente: entraña involucrarse por uno mismo, elegir y ser activo, ser sujeto, alguien que determina, alguien que decide, que puede hacerlo y tomar parte personalmente. El proceso de desarrollo, el ir tomando decisiones, aprendiendo a identificar cuales son y han ido siendo las acertadas y cuales en las que se ha errado, se convierte en ese momento en algo propio, interesante y trascendente. Efectivamente el concepto de vocación denota, ese punto en el que surge la opción de -- ejercer la libertad y no sólo en el sentido de libertad de (de padres y demás autoridades), sino también en el de la libertad para,<sup>13</sup> libertad para desarrollarse para -





realizar su ser, se contiene en ella no nada más la posi  
bilidad de liberarse de las autoridades o de los poderes  
 de los demás, sea consciente o inconscientemente, sino -  
 además encauzar esa libertad para lograrse a uno mismo,  
 para alcanzar sus objetivos, defender sus convicciones,  
 realizar y ofrecer -tomar parte- en el despliegue de las  
 propias potencialidades.

El desarrollo (optar por esa libertad-para) signifi  
 ca definirse, lo que sólo se logra al ir cancelando algu  
 nas, entre diversas posibilidades. Elegir es renunciar,  
 es dejar de realizar otras opciones para concentrarse en  
 tiempo, interés y dedicación a algo. La vida de todo ser  
 humano es limitada, breve y las alternativas que se le -  
 van ofreciendo a lo largo del crecimiento son importan--  
 tes: serán en el mejor de los casos, variadas, abundan--  
 tes, lo estimularán, hasta despertar en él diversas op-  
 ciones, varias y no sólo una, que pudieran ser buenas o  
 excelentes y entre las cuales podrá ir eligiendo, cance-  
 lando algunas, propiciando, depurando y haciendo crecer  
 las que terminarán por definirlo.

Aún los procesos psicológicos más "elementales", co  
 mo podría ser el de la percepción que hacemos del mundo  
 material que nos rodea, encierra de manera muy importan-  
 te una selección en base a la experiencia previa: Deja--  
 mos de percibir lo que nos ofrece el mundo social y cul-  
 tural como marcos de referencia: aprendemos a no ver, a  
 dar por sobreentendido y a contar con todo aquello que -



nos es constante y que como tal no nos parece necesario para nuestra actividad común -aún cuando es seguramente lo más necesario y de lo que partimos siempre-; restamos así por medio de la experiencia, aun la puramente visual, una enorme cantidad de elementos al mundo que nos circunda. Este ejercicio continuado y constante, al empobrecer lo que en el mundo captamos, nos permite manejarlo cotidianamente en forma práctica o eficiente y de acuerdo con lo que tiene de estable.

Las personas con las que vivimos, las costumbres -- que mantienen en base al sistema social en que se desenvuelven, la cultura a través de la cual estructuramos la "realidad" en que creemos, hace en muchos, muchísimos -- sentidos, las veces de un filtro con el que vemos todo -- cuanto nos rodea. Mantenemos por tanto una perspectiva -- personal, cultural, experiencial como si fuese obvia, -- evidente o incuestionable, acostumbrándonos a no ver que no es en efecto la única posible y sin embargo no siempre son esas costumbres e imágenes culturales convencionales--sociales establecidas, lo que predomina en lo que un individuo puede, en un momento dado captar de lo que lo circunda.<sup>14</sup> A veces ocurre que, como en los descubrimientos científicos, o en las más valiosas creaciones artísticas, aparece de repente algo diferente, inusitado; nuevo, donde se hace obvio, evidente, algo distinto, algo que va más allá de lo que hasta entonces había sido -- el planteamiento común o el de la sociedad, el de nues--



tro acuerdo tácito con la cultura y lo que ésta ofrece - de estabilidad, experiencia y fijeza, se trata entonces de una aportación original. Aportación que mientras no - se ha traducido en un hecho reconocido, en una obra aceptada y exitosa, parece o puede parecer una aberración: - el sujeto original, el individuo creador, el científico original o el artista más capaz, el que sigue su propia vocación y acude al llamado a su cita para participar y aportar con su libertad para, para crear, emerge en ese primer momento, como un desadaptado, alguien que no se - ajusta a lo que se considera "normal". En en efecto alguien que cuestiona o deja de tomar al pie de la letra - lo que en su medio era lo habitual. Quien de hecho recurre y concurre a la confrontación entre lo que había, lo que es aceptado en su medio y lo nuevo, lo que no le había sido enseñado y él mismo crea<sup>15</sup> o ha descubierto librando su lucha entre dos corrientes opuestas: adaptar se o transformar; lucha en la que al optar por ser él -- mismo crea se ve obligado a padecer el desprecio de la - sociedad, de esa sociedad a la que no se conforma y a la que no puede plegarse y aceptar tal cual; la que no puede recibir así simple y llanamente con sus soluciones hechas. Siente como hombre, como persona, como sujeto activo, la tendencia inaplazable de avanzar y desarrollarse, de no plegarse a su realidad y lidiar con su medio ambiente, ser sujeto y determinarlo sobreponiéndose a sí mismo, a su necesidad de ser protegido y aceptado en el



mundo tal y como es, de conformarse y descansar. Seguir la propia vocación es el salto, llegar más allá, ser uno mismo, afirmarse, permitiendo sólo que se ejerza sobre uno la "autoridad" cuando ésta es racional,<sup>16</sup> cuando no implica el despliegue del poder por el poder, sea a manera de imposiciones expresas y evidentes o de incitaciones disfrazadas, ocultas tras de lo que resulta convencional, lo que es exitoso, adaptativo, prestigiado o comercial.<sup>+</sup>

La autoridad, sea el padre de familia, el maestro o el dirigente de cualquier grupo sólo puede ejercer su autoridad de manera legítima o racional si reconoce, acepta y promueve en su "protegido" el derecho a la libertad,<sup>++</sup> si es capaz y está pendiente de escucharlo, de

<sup>+</sup> En la obra de Balzac "En busca de lo absoluto", el padre de familia que lo pierde todo, prestigio, poder, fama y fortuna por buscar junto con su sirviente lo que le parece inaplazable y hasta el día mismo en que parece, ilustra esto de manera ejemplar; defiende el personaje central con argumentos irreplicables lo que es su verdad, la que es a la vez una locura, vista desde el ángulo de la vida cotidiana, de lo que es práctico, lo sensato. Se ejerce sin embargo la tutela sobre él con la delicadeza, el respeto y el tacto de una autoridad racional, la que en este caso desempeña una figura femenina peculiar, ni más ni menos que su hija, quien aunque no comprende la visión del anciano, no lo doblega ni lo quiebra ni lo deja al garete, a su suerte de desprestigiado.

<sup>++</sup> Gibrán Jalil lo dice magistralmente en "Acerca de los Niños":  
Vuestros hijos no son vuestros hijos./ Son hijos del anhelo de la vida./ Aunque concebidos a través de vosotros,/ no son de vosotros./ Y no obstante vivan con vosotros,/ no os pertenecen./ Podréis darles vuestro amor,/ mas no vuestros pensamientos/ pues tienen los -



poner atención a sus inclinaciones, a sus inquietudes, - si está convencido de que como autoridad o como guía no es el depositario de la razón y la verdad, que no le está autorizado invadir la vida de los demás ni tomar sus decisiones, que no tiene siempre a su alcance la mejor - respuesta y que lo único que realmente puede ofrecer es su ejemplo, la congruencia con que maneje su vida pro- - pia, su libertad para hacerse a sí mismo y para aceptar que sus soluciones no son más que soluciones propias, -- temporales (aunque realizarlo así sea efectivamente bas- tante difícil como ejercicio vital) y tener muy presente que llega siempre un momento en el que surgen otras op- ciones, más acertadas en esas otras circunstancias que - rodean a los demás y que sólo puede ayudar a su educando respetando lo que este tiene de propio, lo que es carac- terístico a cada ser humano y por el sólo hecho de ser - persona. +

---

suyos propios./ Podréis albergar sus cuerpos,/ mas ja- más sus almas,/ ellas moran en la casa del mañana,/ la que no podréis visitar,/ ni aún en sueños./ Podréis es forzaros por llegar a ser como ellos,/ mas no inten- - téis hacerlos como vosotros./ La vida no retrocede nun ca/ ni se detiene jamás con el ayer./ Sois el arco del cual vuestros hijos/ son disparados cual saetas vivien tes.../ Dejad que vuestro encorvamiento/ en la mano -- del Arquero/ sea por placer;/ Pues así como ama la sae ta voladora,/ así ama también el arco con su sostén.

+ El concepto de trabajo que vierte Gibran Jalil va mu- cho en el sentido de realización personal cuando dice: Trabajar es marchar en armonía con/ la tierra y con el espíritu de la tierra./ Estar ocioso, convertirse en/ desconocido para las estaciones, y desear/ tar de la - procesión misma de la vida,/ la que marcha majestuosa



Aquel que llega por una u otra razón a ocupar un --  
 puesto de autoridad y se propone ejercerla con racionali-  
dad, no tiene más que reconocer que la vida es siempre -  
 para cada quien una búsqueda personal, única y que la vo

---

y con orgullo humilde,/ hacia el infinito.../  
 Al trabajar sois una flauta en cuyo/ corazón, el murmu-  
 rio de las olas ha-/ ce música.../ Y aunque se ha di-  
 cho mil veces que el trabajo/ es maldición, y que toda  
 labor es infor-/ tunio.../ Os digo: que cuando traba-  
 jáis, cumplís/ con una parte del mas remoto sueño/ de  
 la tierra, uno asignado a vosotros des-/ de su naci-  
 miento:..!

Manteniéndoos siempre laborioso,/ amaréis en verdad la  
 vida;/ Y amar la vida merced al trabajo, es in-/ timar  
 con el secreto más oculto de la vida.../

Y si en vuestro dolor, llamáis dolor/ al nacimiento y  
 maldición grabada sobre/ vuestras frentes al sostén de  
 la vida;/ os advierto que no hay nada me-/ jor que el -  
 sudor de vuestras frentes para bo-/ rrar aquello que -  
 lleváis inscrito.../

Se os ha dicho que la vida es/ tenebrosa, y en vuestro  
 cansancio reper-/ cutís lo que por el cansancio mismo -  
 ha sido dicho./ Y yo os digo que la vida es ciertamen-  
 te/ tenebrosa, salvo cuando hay actividad./ y la acti-  
 vidad ciega si no la acom-/ paña el conocimiento./ Y -  
 el conocimiento vano, salvo/ cuando hay en él trabajo./  
 Y el trabajo es infructuoso si no lo/ acompaña el --  
 amor;.../

Trabajar con amor,/ es tejer un vestido con fibras ex-  
 traídas/ de vuestro corazón.../ Es construir una mora-  
 da con cariño./ Es sembrar con ternura y cosechar con/  
 regocijo./ Es imprimir a todas las cosas que hacéis/ -  
 con un suplo de vuestro propio espíritu.../ El trabajo  
 es amor hecho visible./ Si no podéis trabajar con amor,  
 sino/ con aversión, será con mucho preferible abando-  
 nar el trabajo, ir a sentarse a la/ puerta de un tem-  
 plo, y ahí, pedir limosna a/ quienes trabajan con rego-  
 cijo./ Porque si hacéis pan con indiferencia,/ procura-  
 reis tan sólo un pan amargo, uno que no/ calmará jamás  
 el hambre de hombre alguno./ Y si os repugna extraer -  
 el mosto, con vues-/ tra repugnancia destilareis vene-  
 no dentro del/ vino./ Y si cantá-s sin amar con voz an-  
 gelical/ apartaréis cada vez que lo hagais con el can-  
 to del oído del hombre/ el sonido de los salmos que en  
 ese tiempo entona la creación./



cación, lo propio, la posibilidad de elegir y desplegar las propias potencialidades de realizarse, es el camino. La responsabilidad que conlleva el ejercicio de la autoridad ha de conducirlo a hacer un llamado, una invitación cuidadosa a desarrollar esa tarea tan difícil: la de buscar, la de promover la culminación de lo mejor de cada uno, el encuentro con la propia vocación, su desenvolvimiento, la intención de ir más allá y aportar algo esencial.

La legitimidad de la función de la autoridad como adaptadora del educando a su medio ambiente, a la sociedad, queda dentro de este enfoque<sup>17</sup> descartada como tal. Las sociedades mismas se reconocen cuestionadas en base a lo que ofrecen al hombre; como organizaciones surgen y se modifican de acuerdo a requerimientos del momento; -- tienden a sujetar a sus integrantes haciendo generalmente a un lado su bienestar personal. Se convierte así, -- muy comúnmente a los hombres y mujeres en objetos, en seres que tienen que embonar con algo más. Se los somete a intereses económicos, políticos o de otra índole, pero -- ajenos a ellos mismos como hombres, como criaturas únicas e irrepetibles.

Al hombre se lo toma en cuenta únicamente en base a que "funcione", a que desempeñe un papel determinado, lo que es, en última instancia, como hemos visto, un atentado, y muy grave, en contra de su individualidad, de su posibilidad de ser sujeto. Se lo enajena usándolo para --



producir bienes materiales. Se lo embrutece para vivir encadenado a un sistema impersonal, burocratizado, que le exige la renuncia a sus propios proyectos, a su vocación libre, a su realización como ser singular, irremplazable, individual. Se transforma de esa manera, a las personas, educándolas para la adaptación en entes que se rinden, las que para poder sobrevivir, para evitar el -- aislamiento, el ostracismo, el desprecio o la miseria, -- para aplacar la ira oculta de quienes también en su tiempo fueron sacrificados, se ven obligados a ahogar su vitalidad, sus tendencias más creativas, la originalidad e irrepetibilidad de sus propias búsquedas.<sup>18</sup>

No siempre la estabilidad del grupo es lo más importante. Cuando se trata de avanzar como hombres y mejorar la vida de las personas es necesario ser capaz de ver -- cuándo es necesario romper con lo establecido, con lo ya hecho, con las condiciones que nos detienen, las mismas que seguramente en otro tiempo fueron necesarias, buenas o excelentes pero también, sin duda, dan de sí hasta alcanzar sus propios límites, y ya no sirven más que para estancar.<sup>19</sup> Como bien señalan una gran cantidad de autores de nuestro tiempo,<sup>20</sup> son los niños o los jóvenes, -- quienes pueden aportar las mejores críticas, los intentos más serios por hallar otros derroteros para impulsar y llevar a cabo los cambios más radicales que tanta falta nos están haciendo, aquellos cambios que los más fuertes, los expertos, los que representan a la autoridad --





dentro de la sociedad no tan fácilmente pueden vislumbrar. Existe en realidad una relación compleja entre el ejercicio racional de la autoridad y la libertad para desarrollarse en quienes no pueden hacer nada mejor que seguir e impulsar sus propias vocaciones, sus posibilidades de decir No<sup>+</sup> a una autoridad que se equivoca (libertad de) y SI a lo que los lleva a ser mejores, a ejercer su individualidad. En efecto, una autoridad que se precie de serlo necesita estar segura de que no hace más -- que un llamado, una invitación a la autenticidad.

#### NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- 1) Freud, Sigmund. Obras Completas, Volumen 7, Tres Ensayos de teoría sexual, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976, págs. 157-224.

<sup>+</sup> Creo que vale la pena citar el final del discurso que pronunció Michael K. Ferber, un estudiante de Harvard en la ceremonia contra el reclutamiento militar y que llevaba por título "Un tiempo para decir No", pues --- ilustra lo que hemos llamado libertad para:

"Lo que quiero decir va más allá de que digamos -- No, porque no importa qué tan fuerte lo gritemos, no importa qué ceremonia llevemos a cabo para decirlo, no llegaremos a constituir una comunidad entre nosotros -- ni nos volveremos agentes eficaces para cambiar al país si todo lo que compartimos es una negativa. Albert Camus decía que el rebolde que dice No es también el que dice Sí, y que cuando establece un límite más allá del cual se rehusa cooperar está afirmando al tiempo los valores del lado opuesto. Para nosotros, -- que venimos hoy aquí, ¿qué es lo que afirmamos? ¿qué es aquello a lo que podemos decir Sí? 21



- 2) Ibid, Vol. 15, Conferencias de Introducción al Psicoanálisis, págs. 182-194.
- 3) Ibid, Vol. 4, La Interpretación de los Sueños, primera parte, en general aunque más especialmente págs. - 204-232 y Vol. 15, Conferencias de Introducción al Psicoanálisis.
- 4) Para tener una idea de conjunto, vale la pena revisar el texto de Paul Roazen, "Freud y sus discípulos", -- Alianza Editorial, Madrid, 1978.
- 5) E. Fromm, Anatomía de la Destructividad Humana, Siglo XXI Editores, México, 1975; El Lenguaje Olvidado, Librería Hachette, Buenos Aires, 1972; La Crisis del Psicoanálisis, Edit. Paidós, Buenos Aires, 1970; Grandeza y Limitaciones del Pensamiento de Freud, Siglo XXI Editores, México, 1979.
- 6) Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-americana Es pasa - Calpe, S.A., Madrid.
- 7) E. Fromm, Etica y Psicoanálisis, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México, 1957.
- 8) E. Fromm, Etica y Psicoanálisis, ref. cit.; y El Miedo a la Libertad, Edit. Paidós, Buenos Aires. 1962.
- 9) En el libro de D. Bowlby "La separación afectiva", -- Paidós, Buenos Aires, 1976, abundan ejemplos clínicos que ilustran como los padres suelen buscar compensación afectiva a sus problemas neuróticos en sus hijos
- 10) Georges Snyders, No es fácil amar a los hijos, Gedisa, S.A., Barcelona, 1981; Julio Aray y otros, Sadismo en la Enseñanza, Monte Avila Editores, Caracas, Venezuela, 1980.
- 11) Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-americana Es pasa - Calpe, Madrid, págs. 856 y 859.
- 12) Ibid, pág. 511 y 1254.
- 13) E. Fromm, El Miedo a la Libertad, Ref. Citada.
- 14) Silvano Arieti, Creativity the Magic Synthesis, Basic Books Inc., Publishers, New York.
- 15) A. Aramoni, La Neurosis, Una Actitud y una Fórmula -- Ineficiente Frente a la Existencia, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983.
- 16) Sonia Gojman, Creatividad en la Adolescencia, Aspectos

Gojman de Millán, S., 1985a: Autoridad y vocación.

In: Instituto Mexicano de Psicoanálisis A. C. (Ed.): Anuario 1985, México 1985, pp. 166-192.



tos Médicosociales de la Adolescencia, Simposio Syntex, México, 1982.

- 17) E. Fromm, Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea, Fondo de Cultura Económica, México, 1962; Marx y Su Concepto del Hombre, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México, 1966; ¿Podrá Sobrevivir el Hombre? Ed. Paidós, Buenos Aires, 1962.
- 18) E. Fromm, El Corazón del Hombre, Fondo de Cultura -- Económica, México, 1966.
- 19) El Carácter Revolucionario en Fromm, en El Dogma de Cristo y otros Ensayos, Editorial Paidós, Buenos -- Aires, 1964.
- 20) Mannoni, La Educación Imposible, Mendel Gerard, La Descolonización del Niño, Ariel, Barcelona, 1977, y E. Erikson, Sociedad y Adolescencia, Siglo XXI Editores, México, 1981.
- 21) Erik H. Erikson, "Sociedad y Adolescencia", Siglo -- XXI Editores, México, 1981, pág. 136.

